

# I

CALAGURRIS NASSICA, CELTIBERIA HISPANA  
AÑO 73 A. C.

—Parece otra... —Segius parpadeó, perplejo—. No recordaba... —dijo, todavía incrédulo, ajeno al aterrador despliegue de tropas enemigas alrededor de la fortaleza.

Para mí, vista desde la distancia, Calagurris seguía siendo la misma ciudad de siempre. Más o menos. Un robusto bastión celtíbero aupado sobre un inalcanzable promontorio de roca; una fortaleza *casi* inexpugnable. Un enorme *oppidum* construido a prueba de arietes y torres de asalto por tres de sus cuatro costados. Una urbe fructífera, dentro de cuyos muros mi padre había vendido sus famosas espadas y sus arados en muchas ocasiones. En otra época, evidentemente. En otros tiempos; cuando la guerra entre romanos aún no asolaba Hispania y penetrar en aquel recinto por cualquiera de sus cuatro puertas principales no implicaba un riesgo de muerte.

—Han elevado la muralla... —Segius me miró con aquel curioso rictus a medio camino entre la estupefacción y el orgullo—. Y las torres. ¿Te das cuenta, Kalaitos? —me preguntó, embelesado—. Nadie podrá vencernos. Ni siquiera el gran Pompeyo logrará romper nuestras defensas...

Observé la estampa imponente de Calagurris con más detenimiento. Segius tenía parte de razón. Sus muros y los guerreros encaramados al nuevo camino de ronda estaban ahora diez codos más altos. Diez codos más próximos a los dioses, que estarían mirándolo todo desde su pedestal de nubes. Aun así, en la supervivencia de la ciudad celtíbera nada influirían nuestras divinidades. Solo el empeño de sus habitantes ayudaría a nivelar la balanza. Pero ni siquiera eso sería suficiente. Era posible que Segius no lo supiera, o que la experiencia vivida por los suyos el año anterior lo llamara a engaño. Porque, en realidad, no existen las ciudades inexpugnables. Tan solo conozco dos clases de fortalezas: las que claudican antes del combate o las que resisten hasta la muerte. O

hasta la llegada de un ejército aliado. En el caso de Calagurris, nosotros éramos —en principio— la avanzadilla de esas tropas salvadoras.

—¿Por dónde entraremos? —le pregunté a mi amigo, retomando así nuestro auténtico dilema—. No podemos quedarnos aquí demasiado tiempo —añadí mientras contemplaba el trabajo frenético de los zapadores enemigos a apenas tres estadios de nosotros.

Segius dio un respingo. Por primera vez pareció consciente de lo inaplazable de nuestra misión, y del peligro inminente. A duras penas cobijados entre unos arbustos de retama, las patrullas optimates podrían descubrirnos en cualquier momento.

—Por el camino de los berones —resolvió tras examinar la situación brevemente.

—¿Por el *otro* lado? —Me extrañé, pues la maniobra significaba abandonar nuestro escondrijo en los sotos del río Hiberus y circunvalar la ciudad por su extremo más septentrional hasta alcanzar la puerta norte—. ¿No sería mejor intentarlo por allí? —propuse, señalando hacia la puerta sur—. Nos queda mucho más a mano... Además, lo más probable es que Pompeyo haya dispuesto su campamento principal en esa altiplanicie —aduje, apuntando de nuevo hacia la meseta que teníamos delante, la única zona desde la que el asalto a la ciudad era factible—. Nos daremos de bruces con él si subimos ahí arriba.

Segius pareció considerar mis palabras un instante.

—Habrá un campamento en el Raso, eso es seguro —pronosticó mientras oteaba el montículo—, pero lo rodearemos. La puerta sur no es segura, Kalaitos. Es posible que no haya soldados en esta orilla del Sidacia, pero no te engañes. La subida por aquel lado es demasiado empinada como para acometerla a lomos de un caballo, y con prisas. Quedaríamos expuestos durante demasiado tiempo a las flechas que nos lanzarían desde la margen contraria.

Examiné por enésima vez los dos emplazamientos militares que podían divisarse desde nuestro escondite. Uno —el más próximo a nosotros— cubría las posibles salidas de los sitiados a través de la puerta este. El otro había sido plantado más al sur, justo en el punto en el que la calzada que recorre todo el valle del Hiberus se ve cortada por su afluente, el Sidacia. Lo que Segius planteaba era evitar aquellos dos fortines y rezar para que las condiciones de acceso fue-

sen más favorables en el lado opuesto. Nada le discutí, pero si el enemigo no era tonto, existirían más campamentos de asedio fuera de nuestro campo visual, controlando todas y cada una de las puertas de Calagurris. Todos armados con catapultas y carroballistas. Todos plagados de centinelas.

—Haremos como dices —consentí a regañadientes mientras me abrochaba las carrilleras del casco. De una manera u otra, la muerte estaría siempre al acecho. Y además, el destino de las personas suele estar escrito de antemano—. Avisaré a los otros —añadí dándome la vuelta.

Los dedos de Segius se aferraron repentinamente a mi brazo. Crispados, desesperados, aunque no por el miedo, sino por la duda.

—¿Crees que seguirá esperándome?

Observé el gesto de angustia de mi amigo celtíbero. Muchas noches de campaña me había hablado de Navia, la mujer a la que amaba casi desde la infancia. Y a la que había dejado prácticamente vestida de novia para seguir la estela triunfal de Quinto Sertorio; como habían hecho tantos otros guerreros hispanos cuando las victorias del general rebelde sobre los procónsules enviados por Roma se contaban por docenas. Desgraciadamente, los tiempos habían cambiado mucho desde entonces.

—Claro, ¿cómo no va a estarlo? —Un ligero golpe en el cubre-  
nuca del casco trató de afianzar el tono algo vacilante de mis palabras.

—Han pasado cuatro años... —El soldado celtíbero compuso una mueca de arcaica añoranza—. Tal vez se haya olvidado de mí.

Dos pendones rojiblancos ondeaban en cada una de las torres de la ciudad celtíbera. Ufanos, orgullosos, desafiantes. Señal inequívoca de que la fortaleza seguía en pie, aguantando los avatares de una larga y cruel guerra.

—Mira bien Calagurris —le dije—. Sigue ahí, leal a Sertorio a pesar del tiempo y de las adversidades. Las mujeres, Segius, son como las ciudades: si uno les da cariño, siempre esperan. Siempre son fieles.

El celtíbero enamorado asintió, esbozando una sonrisa triste.

—Si caigo antes de llegar, abatido por las flechas, dile que nunca dejé de quererla —me pidió, mirando al suelo con el fin de esconder sus lágrimas.

—Nadie va a morir hoy, Segius —le respondí, como si yo pudiera predecir el futuro de cuatro hombres en peligro.

Balcatur y Sinarcas completaban el exiguo grupo de cuatro jinetes enviados por Sertorio desde Osca. Los dos iberos habían mantenido los caballos en la espesura mientras Segius y yo espiábamos al enemigo. Ahora, tras escuchar la estrategia pensada para penetrar en Calagurris, ambos soldados cruzaron una mirada dubitativa. Un gesto que desnudaba abiertamente su desconfianza.

—¿Quién irá primero? —gruñó el primero frunciendo el ceño.

—¿Por qué lo preguntas? —le dije.

—Por algo muy simple —adujo preocupado—. Porque quien abra el grupo va a llevarse la mayor parte de los disparos de las capultas.

A pesar de mis galones de oficial, no se me ocurrió censurarle por su descaró. O su cobardía. Todos sabíamos que Balcatur estaba en lo cierto. Y, además, yo no era Quinto Sertorio para exigirle a nadie el sacrificio gratuito de su vida.

—Yo os guiaré. Soy de aquí. Conozco mejor el terreno —se ofreció al fin Segius tras un tenso silencio.

—Tú nos guiarás en el acercamiento, pero yo me colocaré delante cuando empiece el baile —le contradije—. Después de todo, yo soy el oficial al mando —sostuve, mirando de soslayo a los dos iberos.

Mi fiel corcel Brigos sintió mi desasosiego cuando me senté sobre su grupa. No era el miedo, en realidad, lo que me embargaba. Escapar con vida de Calagurris no era mi principal objetivo, pero morir a las primeras de cambio tampoco iba a ayudarme a lograrlo.

—Remontaremos el Hiberus hasta el meandro que hemos dejado atrás —decidí—. Entonces abandonaremos este soto y saldremos a campo abierto. Trotaremos despacio —expliqué—, como si fuéramos una patrulla pompeyana de vigilancia. Solo cuando estemos ya cerca de esa maldita puerta o alguien nos eche el alto acicatearemos a los caballos. ¿Entendido?

Los dos ilergetes cruzaron de nuevo sus escrutinios.

—¿Puede tomar cada uno sus propias decisiones llegado el momento? —preguntó Sinarcas tras aquella silenciosa consulta.

—Espero que «huir» no sea una de las opciones que estéis contemplando —les espeté a los dos agriamente.

—No somos celtíberos —rezongó un ofendido Sinarcas—, pero nuestro juramento de *devotio* hacia Sertorio es el mismo que el vuestro. Ni Balcatur ni yo vamos a rajarnos —me aseguró con aire ofendido—. Es simplemente que quizá tengamos que improvisar si todo se tuerce.

Asentí en silencio. Porque, efectivamente, lo raro sería que las cosas discurriesen de manera tranquila y sin sobresaltos. Colarse a plena luz del día en una ciudad asediada, o en vías de estarlo, no iba a resultar precisamente un paseo por la campiña. Esperar a la noche e intentarlo entonces era algo que ni siquiera habíamos considerado, porque nos habría obligado a abandonar los caballos y arriesgarnos a ser sorprendidos a pie en terreno abierto.

Nuestra indumentaria romana y nuestro ademán indolente iban a ser los dos únicos aliados posibles en aquella aventura.

Solo doce o quince estadios nos separaban de Calagurris al emerger del bosque, apenas unos pocos minutos de frenético galope. Y, sin embargo, una acción así habría desatado todas las alarmas en los puestos de vigilancia enemigos. A pesar de no estar terminado, el campamento encargado de custodiar la puerta este ya contaba con cuatro torres desde las que algunos soldados estarían, sin duda, observándonos tras sus máquinas artilleras. No obstante, la misión principal de aquellos hombres era la protección de los zapadores que aún excavaban el *agger*. Por esa razón, cuatro jinetes indolentes arrebujados en capotes rojos apenas merecieron una mirada distraída. Con toda seguridad patrullas similares estarían rastreando las inmediaciones de Calagurris en aquel instante, y eso era por lo que nosotros trataríamos de hacernos pasar hasta el último momento, hasta que la puerta norte se encontrase a tiro de piedra o hasta que algún centurión nos reclamara una contraseña que no íbamos a saber darle.

Inesperadamente, Segius se detuvo al alcanzar la base de la altiplanicie. Su rostro mostraba el súbito aguijonazo de la incertidumbre.

—Podríamos atajar por aquí —titubeó, señalando hacia una sinuosa senda apenas apta para cabras montesas—. Nos dejaría muy

cerca de la ciudad —sostuvo mientras examinaba la pronunciada cuesta—. Nos ahorraría mucho camino.

—¿Dónde coronaríamos exactamente? —le pregunté al verlo dubitativo.

—Muy cerca de la muralla. Tal vez a medio estadio.

—Suenan tentador, pero te olvidas de que ahí arriba habrá un campamento, y sus centinelas se acercarán a nosotros en cuanto nos vean aparecer. Si hemos de escapar... —mi mirada recorrió otra vez la empinada ladera—, nos resultará imposible bajar por aquí a toda prisa. Nos despeñaríamos sin remedio. O nos cazarían como a conejos desde arriba. Y en cuanto a galopar a lo largo de todo el flanco norte de la ciudad..., más parece un suicidio que una auténtica tentativa.

Una media sonrisa iluminó el semblante del celtíbero.

—No haría falta llegar tan lejos —dijo—. Hay una pequeña porterna a mitad de muralla.

—¿Un portillo? ¿Una portezuela secreta? —me extrañé, pues mis conocimientos de aquella urbe solo eran los de un mero visitante.

Segius asintió con fuerza.

—Si nos vieran desde las torres..., podrían abrirnos a tiempo.

—Pero... ¿y el foso? —repuse, pues el *oppidum* celtíbero contaba con uno de los más largos y profundos que yo había visto.

—La pasarela para cruzarlo se guarda dentro. No les costará mucho tenderla, si deciden abrirnos.

Balcatur rompió su silencio en ese instante.

—No sé qué diablos estáis diciendo ni para qué nos hemos detenido —bufó, inquieto, al escucharnos hablar en celtíbero—, pero tenemos que decidir algo *ya*. Cinco jinetes se acercan.

El ilergete estaba en lo cierto. Siempre hay un tiempo para las palabras y otro para los actos. E, irremediabilmente, el segundo empieza cuando acaba el primero. Un decurión y cuatro soldados habían abandonado el campamento emplazado en la llanada del Hiberus y se dirigían hacia nosotros al trote. Sin embargo, sus armas todavía enfundadas y la ausencia de ademanes urgentes me dijo que la sospecha y la alarma aún no habían desplazado a la simple extrañeza. Cuatro hombres a caballo, aparentemente desorientados pero en uniforme romano, bien podrían ser integrantes de una patrulla que ha estado ausente varios días.

—Subamos —concluí, convencido de que nuestras monturas hispanas serían mucho más hábiles y rápidas que las que intentarían seguirnos.

A media ladera, la vista se me escapó hacia las almenas de Calagurris. Mil ojos, quizá más, estarían oteando desde sus atalayas, pendientes del trabajo implacable de los sitiadores, preguntándose a la vez por qué extraña razón un grupo de jinetes enemigos elige volver a su campamento por una senda de cabras en vez de por su camino más lógico.

A nuestros pies, el decurión y sus hombres se rascaban la sota-barba, pensativos, mientras contemplaban nuestro temerario ascenso.

—Quizá debiéramos hacerles señas a los de ahí arriba... —propuso de repente Segius—. Tal vez nos reconozcan...

—¿Reconocer? ¿Cómo diablos quieres que nos reconozcan con este aspecto? —le contesté casi irritado—. Tendremos suerte si no tratan de alcanzarnos con sus flechas cuando vean que nos aproximamos —añadí, más preocupado por guiar a Brigos por la senda correcta que por otra cosa.

—Claro, pero en algún momento tendremos que presentarnos... —persistió Segius con toda lógica, pues las prisas o la zozobra nos habían impedido pensar en la forma y el momento más idóneos para identificarnos como aliados.

En ese mismo instante dejé que Brigos se guiara a sí mismo en la subida, eligiendo el rumbo, los apoyos, marcando el ritmo a los dos iberos que venían siguiéndonos. Mi mente, mientras tanto, cavilaba sobre lo que Segius había dicho. Porque, tarde o temprano, habríamos de abandonar nuestra burda impostura y proclamar a gritos nuestro verdadero bando y nuestras intenciones.

—¿No oyes? —Mi amigo celtíbero giró su cuerpo sobre la silla de su montura.

—¿El qué? —le pregunté, aturdido, enfrascado todavía en el fragor de mis propios pensamientos.

El dedo índice de Segius apuntó a los cielos de la Celtiberia. Un conocido repiqueteo se descolgaba de la cima a la meseta, arrullado por el murmullo monocorde de muchas voces a medida que nos acercábamos a la cima de la meseta.

—¿Qué hacemos? —dijo al fin, deteniéndose.

Miré hacia abajo. La patrulla enemiga seguía observándonos.

—Ya es demasiado tarde para dar la vuelta —decidí.

Si lo hacíamos, nuestra conducta resultaría a todas luces sospechosa. Continuar al ascenso y afrontar aquel aterrador concierto de voces e instrumentos de zapa era la única salida posible.

Cientos de *dolabrae* moviendo piedras y tierra sin descanso eran las causantes del infame escándalo. Fue, sin embargo, la escena que se abrió a nuestros ojos tras coronar la ladera lo que nos dejó perplejos.

## II

La altiplanicie del Raso albergaba, efectivamente, los auténticos reales del enemigo. Unas sólidas instalaciones que empezaban a tomar cuerpo y altura a menos de dos estadios de la muralla norte de Calagurris. Sin embargo, no fueron las generosas dimensiones de aquel acuartelamiento ni su aspecto de total indestructibilidad lo que nos desorbitó los ojos. Mucho más aterradora nos pareció la *circumvallatio* que nacía en los mismos escarpes de la cara oeste y avanzaba por toda la meseta hasta unirse con el muro de defensa del campamento.

—¡Por todos los dioses! —La exclamación se le escapó a Segius como el suspiro inevitable de un muerto al advertir la interminable pared diseñada para aislar Calagurris del mundo—. ¡Por los cuernos de Cernunnos! ¡Pretenden ahogar la ciudad por su lado norte, Kalaitos!

No le respondí. No había tiempo para lamentos. Ni para explicaciones. Aquel muro que ya bloqueaba cualquier acceso al flanco norte de la ciudad tan solo era el inicio de una gran obra. Más pronto que tarde, toda la ciudad quedaría cercada por sus cuatro costados con una pared tan alta y robusta como aquella, precedida por un foso; con torres cada treinta pasos llenas de centinelas y máquinas artilleras.

—¡No podemos quedarnos aquí como pasmarotes! ¡Algunos de esos soldados ya sospechan! —Balcatur fue otra vez el encargado de reclamar acción cuando las palabras ya no sirven.

Varios zapadores habían dejado sus herramientas en el suelo y hablaban con uno de los centuriones al mando. Dos docenas de ojos, me percaté, estaban atentos a nuestros movimientos. O, más bien, a lo contrario; a una inacción a todas luces inexplicable.

—¿Ves la puerta, Segius? —le urgí a mi amigo celtíbero cuando el centurión ya había echado a andar hacia nosotros.

—No, pero creo que sé dónde queda. Más o menos.

Escuché el rechinar de los dientes de los dos ilergetes.

—¿Cómo diablos vamos a entrar por una puerta invisible?! ¡Si no damos con ella pronto, quedaremos copados entre un foso y un

muro de roca repleto de soldados enemigos! ¡Hasta un niño sería capaz de alcanzarnos con su arco desde las torres de ese campamento! —se quejó Sinarcas.

El centurión pompeyano seguía acortando distancias, pero mostraba un semblante tranquilo, casi afable. No corría. No gesticulaba. No traía su *gladius* desenvainado. Probablemente aún pensaba encontrarse con un grupo de soldados ineptos, incapaces de dar con la puerta indicada para regresar a sus contubernios.

—Si desenfundas, te mato yo mismo. —Balcatur había echado mano al puño de su espada—. La sorpresa todavía está de nuestra parte. ¿Qué propones, Segius?

—Yo apostaría por encontrar la poterna de la muralla —dijo aguzando la mirada—, aunque ello suponga penetrar en esa maldita ratonera.

—¡Nadie va a abrirnos una puerta secreta desde dentro! ¡No con ocho mil ojos mirando desde el otro lado! —masculló un encendido Balcatur.

—Entonces puedes bordear la altiplanicie tú solo o con Sinarcas. Tienes mi permiso —le dije, eximiéndole así de la obligación de seguirme hacia una muerte más que probable—. Nos veremos dentro de Calagurris si todos tenemos suerte. O en Letavia, si los dioses han decidido llamarnos por turnos.

A decir verdad, ambas opciones eran igual de arriesgadas. Quizá la elegida por Segius tuviera un desenlace más rápido. Para bien o para mal. Tal vez por eso, tanto Balcatur como Sinarcas escogieron finalmente permanecer en el grupo.

—Avancemos hacia ese centurión como si nada ocurriera —sugerí, con el único objetivo de ir ganando algo de espacio y de tiempo.

El suboficial romano se plantó ante nosotros con los brazos en jarras. Unos segundos antes, Segius me había asegurado en voz baja que la portezuela por la que habíamos de colarnos se encontraba a cincuenta pasos de distancia. Es decir, al inicio de la tierra de nadie; dentro del corredor delimitado por la propia muralla de Calagurris y la *circumvallatio* todavía inconclusa.

—¿Adónde se supone que os dirigís? —El centurión nos examinó con el ceño fruncido—. ¿Y qué diablos estáis haciendo aquí,

si puede saberse? —inquirió, reparando en mis modestos distintivos de optio. Un disfraz bastante más apropiado que mi vestimenta habitual de legado para pasar inadvertido a los ojos del enemigo.

Miré de soslayo las torres de Calagurris. Algunos de sus centinelas, supuse, estarían contemplando la escena con ojos curiosos. Al fin y al cabo, el suboficial optimate y nosotros componíamos el grupo —teóricamente enemigo— más próximo a la ciudad sitiada.

—Cumplimos órdenes —respondí apoyándome sobre el pomo de mi silla con aire cansado.

—¿Qué órdenes?

—Inspeccionamos los trabajos de los zapadores —repliqué mientras examinaba a aquel veterano de muchas guerras. Un hombre que habría echado los dientes en las legiones victoriosas de Roma viviendo siempre entre soldados; acostumbrado a oler su sudor rancio y también sus mentiras. Por eso intuí que mis palabras debían de apestar peor que el estiércol.

—Para eso ya estoy yo y, en última instancia, los ingenieros —sostuvo el centurión, mostrando ya los primeros signos de desconfianza.

Una larga espada de tipo aquitano habría sido el arma ideal para descabezar a aquel sabueso sin bajarme del caballo. Con el *gladius*, el golpe no iba a ser tan seguro. Y, además, el centurión acababa de recular un paso, alejándose de mí como si sospechara algo.

—Entiendo —murmuré, desmontando de un salto—. Lo que ocurre es que Pompeyo en persona nos ha encargado el trabajo —aduje colocándome a un palmo de sus narices.

—¿Pompeyo? ¡Eso sí que tiene gracia! —Un aire burlón deformó los rasgos angulosos del veterano.

—¿Gracia? La misma que va a hacernos a nosotros cuando te azoten por imbécil —aduje en tono cortante—. ¿Quieres ver su sello y su firma en este documento? —Hundí mi mano derecha en los forros del capote como si buscara la susodicha orden.

—Naturalmente que quiero verlos —musitó, borrando de su faz cualquier atisbo de sorna.

Una punzada de duda congeló mi brazo. El *gladius*, decidí mientras acariciaba su empuñadura, no iba a garantizarme un final rápido. Demasiado tiempo para desenfundarlo. Demasiadas láminas de acero en la armadura de mi oponente. Mis dedos optaron finalmente por la daga.

—Esta es la misiva de Pompeyo. Espero que te convenza —le dije, desenvainando y asestándole un tajo en el cuello en el mismo movimiento.

El centurión se derrumbó de rodillas, intentando llamar a los suyos mientras se agarraba la garganta con ambas manos. A pesar de sus esfuerzos, apenas un ininteligible gorgoteo escapó de sus labios. Un murmullo de estupor recorrió entonces buena parte de la muralla norte. Más voces se alzaron desde las almenas cuando el legionario enemigo cayó de bruces, degollado por un optio anónimo recién aparecido en la planicie elevada del Raso.

—¡Sertorio! ¡Sertorio! —gritó entonces Segius, enarbolando su *gladius* y haciéndolo ondear al aire—. ¡Keltiber! ¡Keltiber! —barbotó haciendo señas a sus paisanos.

—¡Vamos! —les apremié a mis tres compañeros—. ¡No hay tiempo que perder! ¡Tenemos que alcanzar ese maldito batiente antes de que nos cosan a flechazos!

Brigos inició una carrera frenética en dirección al foso de Calagurris tras sentir cómo mis talones se clavaban en sus costados.

—¡Abrid la puerta, rápido! —Cien ojos todavía incrédulos me miraron desde la fortaleza sitiada—. ¡Tended la pasarela, maldita sea! ¡Somos soldados de Sertorio! —les espeté a aquellos hombres atónitos, escuchando detrás de mí el galope desbocado de otro caballo.

Un grueso astil de catapulta silbó su canción de muerte sobre las crines de Brigos. Otro pasó rozando su cola un segundo más tarde. Una máquina artillera estaba disparándonos desde la torre más próxima de la *circumvallatio*. Miré atrás. Era Sinarcas quien me seguía.

—¡Hemos pasado de largo! —me gritó el ilergete mientras se aplicaba al freno—. ¡Hemos dejado atrás la maldita puerta!

Hice girar a Brigos de un brusco tirón en las riendas. Después seguí la estela del soldado ibero. Hasta que su caballo fue ensartado por un venablo.

—¿Dónde están los otros?! —le pregunté al comprobar que se levantaba indemne tras la voltereta.

—¡Muertos! —me respondió, echando a correr como un loco.

Escondida entre la polvareda descubrí la portezuela secreta hacia la que Sinarcas se dirigía a toda prisa. Varias manos deslizaban una

pesada losa entre dos sillares y colocaban después una pasarela que el ilergete empezó a cruzar como un animal despavorido. A los tres pasos, sin embargo, sus piernas se volvieron de mármol.

—¡Vamos! ¿A qué esperas? —le apremié al comprobar que se quedaba clavado sobre el puentecillo, balanceándose sobre el abismo como un tentetieso averiado—. ¡No tenemos todo el día!

Instintivamente, eché un vistazo a ambos lados mientras esperaba. Entonces lo vi. Más allá de la nube de polvo, no muy lejos del centurión caído, divisé la figura trastabillante de un hombre. Segius cojeaba lastimosamente tratando de alcanzar la muralla de Calagurris.

—¡No cerréis cuando este hombre cruce la pasarela! —les ordené a quienes trataban de hacer retornar el valor al cuerpo del ibero—. ¡Esperadme con esa maldita puerta abierta! —grité, desfundando mi *gladius* por primera vez aquella mañana.

Encontré el cuerpo despanzurrado de Balcatur no muy lejos de la poterna secreta. También distinguí el caballo agonizante de Segius zancajeando sin rumbo en la campa. Un astil de ballista le había perforado las tripas de parte a parte.

—¡Por aquí! —le grité a mi amigo agitando el brazo, creyéndolo confundido tras el batacazo—. ¡La puerta está aquí! —me desgañité antes de darme cuenta de su desesperada estrategia para salvar la vida.

Seis legionarios habían emergido en formación de testudo por la *porta praetoria* de aquel campamento; con la misión de capturar —vivo— a alguno de los emisarios de Sertorio. Segius —saltaba a la vista— era el objetivo elegido, y, por eso, el celtíbero intentaba ganar el foso a toda costa; para lanzarse dentro de él de cabeza.

Partirse las piernas o incluso la crisma en el intento debieron de parecerle opciones más atractivas que caer en manos del enemigo y sufrir después sus torturas.

Una lluvia de flechas partió desde las almenas de Calagurris en cuanto el fugitivo entró en su zona de influencia. Desgraciadamente, la cortina de dardos protectores apenas causó un molesto repiqueteo sobre los escudos de sus perseguidores. Y, mientras tanto, yo seguía empeñado en acortar las distancias; en ganar una carrera que tenía perdida de antemano.

Una leve insinuación con mi rodilla derecha hizo que Brigos cambiara levemente la dirección de su galope. Si no iba a conseguir llegar el primero hasta Segius, al menos intentaría impedir que lo hicieran quienes trataban de darle caza. Además, acababa de darme cuenta de que aquellos legionarios pompeyanos no portaban sus temibles *pila* bajo los escudos. Para sujetar y transportar al prisionero iban a necesitar ambos brazos.

Brigos tensó los músculos del cuello cuando se percató de que iba a utilizarlo de ariete, como tantas veces había hecho antes en el campo de batalla con el fin de cobrar sobre mis adversarios una ventaja pasajera pero quizá suficiente.

El violento topetazo deshizo de un soplo la formación de testudo, derribando a todos sus integrantes como si fueran bolos de corcho. Sumiendo a aquellos soldados en una confusión más peligrosa que el propio miedo. En las almenas de Calagurris, un rumor de voces estupefactas había acompañado toda mi maniobra. Dentro del campamento romano, o incluso tras la *circumvallatio*, imaginé a los tribunos y a los centuriones de aquel ejército ladrando órdenes para interceptar a los dos espías. Una cosa al menos jugaba a mi favor: mientras tuviera legionarios pompeyanos a mi alrededor, estaría a salvo del fuego artillero de sus catapultas.

El runrún inicial de los sitiados se convirtió en clamor cuando Brigos pisoteó con furia a uno de los caídos. Y después a otro. Los cuatro restantes ya se encontraban en pie, dispuestos para el combate, pero fatídicamente dispersos. Además, uno de ellos había perdido el escudo en el encontronazo. Y por eso se convirtió en mi siguiente víctima. Acabé con él de dos certeros mandobles que fueron jaleados desde la ciudad como si una legión entera estuviese cayendo bajo mis golpes. Después busqué a mi amigo calagurritano con la mirada. Había alcanzado el borde del foso.

—¡Segius! —le grité, dando la espalda a los tres soldados que quedaban vivos—. ¡No saltes! —le dije, iniciando una nueva cabalgada, consciente de que volvía a estar en el punto de mira de la artillería romana.

El celtíbero levantó la cabeza al escuchar su nombre. Entonces vi la flecha que asomaba de su muslo izquierdo.

—¡Kalaitos! —exclamó al verme a su lado—. Pensaba que ya estabas dentro...

—¡Sube! —le urgí, ofreciéndole mi mano—. No podía permitir que llegaras tarde a tu cita con Navia.

Dos o tres virotes de madera pasaron rozando nuestras cabezas mientras cruzábamos la pasarela a lomos de Brigos. Al parecer, aquel tercer día posterior a las nonas de diciembre no era el previsto para reunirnos con los dioses.

### III

Un grupo de curiosos se arremolinaba al otro lado de la losa de piedra. Eran principalmente mujeres, ancianos y niños quienes habían acudido a darnos la bienvenida tras escuchar los gritos sobre la muralla.

—¡Es Segius! —se sorprendieron algunos cuando el celtíbero se quitó el caso—. ¡Es el hijo de Botilkos! ¡Ha vuelto! —exclamaron otros, como si retornar vivo después de cuatro años de campaña fuese más difícil que cultivar tierras plagadas de sal y cizaña—. ¡¿Has traído refuerzos?! ¡¿Sertorio ya está cerca?! —le preguntaron unos pocos con ademanes más apremiantes y menos solícitos.

—Él es el legado de Sertorio... —Segius se encogió de hombros, señalándome desde la grupa de Brigos; como si a él no le correspondiera responder a tales interrogantes.

Cientos de cabezas giraron levemente para observar al hombre que sostenía las riendas del caballo.

—¡¿Él?! —se sorprendió uno.

—¡Apenas es un optio! —apuntó otro, lo que provocó peligrosos murmullos entre el público.

—Viene disfrazado —les explicó entonces Segius mientras un enjambre de brazos lo ayudaba a descender de Brigos—. Jamás habría podido llegar hasta esta puerta vestido de legado romano —arguyó con gesto de dolor, rodeado ya de gente que palpaba su cuerpo y sus ropas quizá para convencerse de que no era un espíritu transparente el que había llegado a Calagurris. Solo una mano, sin embargo, se atrevió a posarse en la cara sucia del recién llegado. Y a recorrerle la mejilla con ternura pretérita.

—Sabía que eras tú —susurró la dueña de aquellos dedos trémulos mientras le acariciaba el cabello revuelto—. Estás herido..., pero estás vivo al menos...

—Navia...

Vi flaquear a mi amigo celtíbero, presa de la emoción más que del dolor físico. También vi aproximarse a Sinarcas.

—Se acercan hombres. Hombres a la carrera —me informó escuetamente.

Salté de la grupa de Brigos en el mismo instante en el que Segius trataba de estrechar a su amada. Al hacerlo, un rapaz de apenas dos años se interpuso entre ambos. «Mamá», gimoteó el pequeñuelo asustado, tendiendo las manitas hacia su madre. Varios soldados procedentes del corazón del *oppidum* irrumpieron entre el gentío en ese instante. Uno de ellos, el más alto y corpulento, aupó al niño sobre sus hombros.

—¡Segius! —exclamó al ver al recién llegado—. Te creíamos muerto... Las cosas han cambiado un poco desde que te fuiste —dijo, tras recuperarse de la primera impresión—. Ya nadie esperaba tu regreso —sostuvo al advertir el rictus despavorido de mi amigo celtíbero—. Me alegra que hayas vuelto de todos modos. Cualquier ayuda es buena.

—Pirreso... —Un estertor afónico escapó de la garganta de Segius al nombrar a aquel guerrero colosal, al hombre que mantenía a su antigua amada aferrada por la cintura.

—Veo que aún recuerdas los nombres de los que nos quedamos... —celebró el marido de Navia—. Te presento a nuestro hijo Letto —explicó, elevando su mirada hacia el pequeño.

Segius buscó entonces, afanosamente, los ojos de la joven, pero solo encontró una cabeza postrada. Una mirada que barría, humillada, el suelo sucio de la muralla norte.

El gigante calagurritano centró su atención en mí súbitamente.

—¿Tú eres entonces el legado de Sertorio? —me preguntó, escudriñándome con fijación de cazador de fieras.

—Así es —respondí mientras veía desaparecer a Segius, ayudado por Sinarcas y varios brazos amigos. Cabizbajo, renqueante, quebrantado por un inesperado problema que iba a resultarle peor y más doloroso que el del propio asedio.

—El Consejo está esperando en la plaza. Hemos interrumpido la reunión por vosotros —afirmó Pirreso cuando se cansó de observarme—. Acompáñame. —Unos dedos de acero trataron de arrastrarme con excesivo ímpetu.

—Ese Consejo tendrá que esperar un poco —le respondí sin permitir que mis pies se movieran un solo paso.

—¿Esperar? ¿Por qué?

—Porque antes de ver a nadie he de comprobar algunas cosas. —Un brusco tirón me liberó de la zarpa de Pirreso—. Aunque para

eso necesitaré un guía —le dije, confiando en que fuera él mismo quien se brindara a seguirme.

El guerrero de Calagurris volvió a sondear mis ademanes y mis palabras. Irritado, desconcertado, molesto. Igual que un campesino enojado por la rebeldía inesperada de una mula terca.

—Ese de ahí te ayudará —murmuró al cabo, haciendo un gesto despectivo con la cabeza.

Un joven contemplaba la escena desde una prudente distancia.

—Me llamo Sorban —se presentó al fin, aparentemente aliviado al ver alejarse a Pirreso en dirección a la plaza—. Soy el hijo de Ultinos, caudillo de Calagurris —añadió sonrojándose, notando sobre sus carnes el mismo escrutinio incendiario al que yo había sido sometido minutos antes.

—Mi nombre es Kalaitos —le dije, sin dejar de contemplar su barbita pulcra, sus cabellos perfectamente recortados, su indumentaria impecable. Unos aderezos bastante inusuales para tratarse de un fiero guerrero celtíbero.

—¿Qué puedo hacer por ti? —Un deje de hastío infinito tiñó la voz de Sorban.

—Quiero ver todo el perímetro de Calagurris.

—¿Quieres inspeccionar los alrededores? —Un gesto de extrañeza se dibujó en el rostro del joven heredero—. Pensaba que ya lo habías visto todo antes de entrar por esa puerta.

—Venimos de Osca —respondí sin poder evitar un cierto retintín irónico—. Un viaje largo e incómodo. La verdad es que nos ha dado un poco de pereza perder más tiempo dando rodeos.

Una sonrisa cansada curvó los labios de Sorban al percibir el sarcasmo.

—¿Por dónde quieres empezar? —dijo.

—Por aquí mismo, si no te importa —le pedí a aquel guía indolente.

Sorban me hizo ascender entonces al camino de ronda que dominaba la muralla norte. Desde su parapeto de adobe pude contemplar con más comodidad y mejor perspectiva las dimensiones y dependencias del campamento del Raso, así como las consecuencias de nuestra llegada.

Una centuria completa había sido movilizada para retirar los cadáveres de sus tres compañeros abatidos en la refriega y de los dos

caballos muertos. El enemigo no iba a consentir que tanta carne comestible quedara abandonada en la tierra de nadie, al alcance de la mano de una ciudad asediada. A pocos pasos de una población que tal vez ya estuviese justa o escasa de víveres. El cuerpo del ibero Balcatur, en cambio, continuaba tripa arriba, con las entrañas rasgadas, mirando al cielo, o a los buitres que iban a devorarlo en breve.

—¿Este u oeste? —La voz aburrida de Sorban me asaltó mientras contemplaba la puerta norte de Calagurris y el camino que llegaba hasta ella desde Poniente.

Una curiosa forma de concebir una puerta —se me ocurrió—, orientándola hacia el norte pero haciendo casi imposible el acceso a ella desde ese punto. Solo gentes a pie lograrían entrar en la ciudad por aquel arco. Cualquier carreta o vehículo con ruedas que lo intentara acabaría despeñado por su pronunciada ladera. O en el fondo del foso, si se desviaba ligeramente a su izquierda. Una extraña e incómoda manera, sin duda, de llegar a una ciudad. Un pago asumible, en cualquier caso, si aquella inclinación suicida constituía el mejor antídoto contra los arietes enemigos.

—¿Derecha o izquierda? —repitió un contrariado Sorban.

Comencé a caminar rumbo a Poniente sin contestar, sin dirigir una sola mirada al heredero de Ultinos. Desde nuestro escondrijo en los sotos del Hiberus ya había inspeccionado el lado este de Calagurris, pero todavía no había examinado la vertiente opuesta, donde supuse que encontraría otros asentamientos enemigos. Y tal vez nuevos problemas.

Fue durante aquel recorrido por el adarve cuando averigüé la razón por la que los romanos habían decidido fabricar su *circumvallatio* de piedras y no de troncos, como solía ser la costumbre en otros asedios. ¿Para qué tomarse el trabajo de talar árboles —debieron de pensar— cuando la materia prima se encuentra tan a mano? Y es que la ciudad de Calagurris hacía ya muchos años que se había desbordado fuera de sus murallas, incapaz de dar cabida a tanto habitante. Debido a la falta de espacio, decenas, centenares de campesinos, pastores e incluso artesanos habían terminado por instalarse extramuros, construyendo auténticos poblados a ambas orillas del Sidacia con el fin de utilizar aquel torrente de agua para sus cultivos, sus rebaños o sus negocios. El runrún de la guerra, sin embargo, los había obligado a volver al calor de la gran urbe. Antes,

evidentemente, habían destruido sus casas, sus almacenes y sus corrales, para que el enemigo no pudiera utilizarlos ahora. Desgraciadamente, las piedras seguían allí, listas para ser apiladas de nuevo o convertidas en proyectiles de ballista.

Acodado sobre el parapeto de la muralla oeste, divisé un escenario de desolación difícilmente imaginable apenas diez años antes. A mi derecha, el Camino de los Berones, el acceso que en principio Segius había considerado más factible, se alejaba hacia Poniente atravesando un mar de tierra yerma.

—Pompeyo sembró nuestros campos de sal el año pasado, antes de marcharse —me explicó Sorban al verme arrugar el ceño—. Ya no hemos tenido tiempo de recuperarlos.

Seguí recorriendo el camino de ronda en toda su vertiente oeste hasta alcanzar la siguiente puerta de la fortaleza. De nuevo, una senda estrecha, ladeada y especialmente sinuosa partía de aquellos portones cerrados. Tales eran sus curvas y ondulaciones que en Calagurris todo el mundo la conocía como «la Cuesta de la Culebra».

Ninguna de aquellas dos entradas habría sido fácil de alcanzar sin arrostrar serios peligros. Sendos campamentos enemigos las vigilaban atentamente, aunque bien era cierto que el más meridional de ambos se encontraba en la margen contraria del Sidacia.

—¿Cuál es el plan de defensa que maneja tu padre? —le pregunté de pronto a mi joven acompañante al advertir que solo la muralla norte contaba con una nutrida dotación de vigilantes.

—¿Plan de defensa? —Sorban enarcó una ceja—. Todavía no nos han atacado... —arguyó sorprendido.

—¿Y si se produjese un asalto por sorpresa?

Sorban se encogió de hombros como si el problema no le incumbiera.

—Supongo que todos acudirían a ese punto tras escuchar la llamada de los centinelas...

—Ya.

Un súbito escalofrío me recorrió la nuca al pensar en ese momento, en el instante en el que las escalas romanas se posaran sobre unas murallas desigualmente protegidas y un aluvión de legionarios pusiera pie en Calagurris sin apenas esfuerzo.

—¿Y de cuántos hombres de guerra dispone la ciudad? —quise saber para hacerme una idea de nuestras auténticas posibilidades.

Una rueda llena de números pareció girar en la cabeza de Sorban. Arrojando cifras incomprensibles. Desbordando una mente poco hecha a los cálculos militares.

—Unos seiscientos —dijo cuando pareció aclararse.

—¿Seiscientos guerreros celtíberos? ¿Y cuántos legionarios? ¿Y cuántos más en condiciones de aferrar una espada?

—Seiscientos entre todos. —Sorban compuso una mueca de indiferencia.

—¿Solo seiscientos?!

El hijo del caudillo volvió a escrutar-me como si contemplase a un bicho raro o a un necio.

—Mil guerreros calagurritanos se marcharon con Sertorio al comienzo de la guerra —me recordó—. Varios cientos más le siguieron tras el primer asedio hace casi dos años. Esto es lo que nos queda... —El heredero de Ultinos se encogió de hombros.

Seiscientos hombres para defender un perímetro amurallado de más de tres millas romanas. Seiscientas espadas para oponernos a dos legiones senatoriales y una cantidad todavía desconocida de tropas auxiliares. Ese iba a ser nuestro ejército tras los alistamientos masivos llevados a cabo por Quinto Sertorio. Y con tan reducidos efectivos tendríamos que salir adelante.

—¿Sabemos ya contra qué auxiliares hispanos nos enfrentaremos? —le pregunté a Sorban.

—Dicen que hay vascones acampados cerca de aquí —murmuró, displicente—, aunque son solo rumores.

—¿Berones?

—Por aquí no se les ha visto. En todos esos campamentos —Sorban movió su brazo en un amplio círculo alrededor del *oppidum*— solo hay soldados romanos.

Agucé la mirada en busca de hombres vestidos a la usanza hispana en alguno de los dos acuartelamientos que nos quedaban a la vista. No vi ninguno, aunque eso tampoco era prueba fehaciente de nada. Un ejército berón podría estar acampado a pocas millas, esperando el momento de unirse a las huestes optimates. Demasiadas rencillas entre pueblos limítrofes, demasiadas cuentas pendientes como para pensar que nuestros vecinos de Poniente se mantendrían neutrales en aquel envite. En realidad, la herida sangraba más que nunca desde que Sertorio los aplastara en Vareia, a

instancias del propio Ultinos, solo cinco años antes. Y en cuanto a los vascones..., siempre habían apoyado fielmente a Roma, desde el inicio de los tiempos, fiándose de sus dudosas prebendas, ansiosos por expandir su territorio hacia la fértil cuenca del río Hiberus.

Un Sorban siempre lacónico me acompañó hasta el extremo más meridional de la fortaleza. Desde su torre más alta examiné el que habría sido con toda seguridad el primer emplazamiento del enemigo, antes de vadear el Sidacia y desplegarse alrededor de toda la urbe como la soga del ahorcado. Ahora, sin embargo, la escasa dotación de tropas asignadas a aquellas instalaciones lanzaba un claro mensaje a los cuatro vientos para quien quisiera entenderlo: aquel era el flanco que Pompeyo consideraba más seguro; o menos propenso a sufrir un ataque por parte de los sitiados. De hecho, solo un par de guardianes vigilaban el nuevo puente. El antiguo —el que el propio Sertorio construyera casi cinco años atrás— había sido destruido por los calagurritanos poco antes del primer asedio. De cualquier manera, tras finalizar el reconocimiento, algo quedó también meridianamente claro: las labores de aquellos zapadores abnegados se encontraban excesivamente retrasadas para lo que podría esperarse de una fuerza tan numerosa en una semana de trabajo. Porque ese era el tiempo transcurrido —calculé— desde que Calagurris había mandado su petición de auxilio a Osca. Por eso decidí interrogar a Sorban al respecto, por si yo estuviera confundido en mis conjeturas y el general romano se hubiese presentado algunos días más tarde.

—¿Cuándo llegó Pompeyo a Calagurris? —le dije.

—¿Pompeyo? —Un surco de extrañeza arrugó el entrecejo del joven celtíbero.

—Sí, Pompeyo. ¿Cuál es la fecha *exacta* de su llegada? No me dirás que no has contado los días...

—No es Pompeyo el que está ahí abajo —replicó Sorban, borrando por un instante su habitual rictus de amargura—. ¿No lo sabías?

Una puñalada de estupor taladró mis oídos en forma de puñalada. Después di dos zancadas rápidas en dirección al hijo de Ultinos, una aproximación excesivamente vehemente como para no asustar a alguien que pierde el tiempo recortándose la barba.

—¿No es Pompeyo el que manda esas tropas?! —Una mano crispada estrujó el gahzate de Sorban—. ¿Estás seguro?!

—Cla... claro —se azoró—. ¿Cómo no voy a estarlo?

—¡Los mensajeros que enviasteis a Osca nos dijeron que se trataba de Pompeyo! —todavía porfié, intentando controlar mi cólera—. ¡Afirmaron que era él quien conducía este ejército!

—Cre... creímos que era él, al principio. Es cierto. Es lo que comentaron nuestros exploradores... Cuando nos dimos cuenta del error, los heraldos ya habían partido. —Los ojos desorbitados de Sorban permanecían fijos en los míos; expectantes, suplicantes, desconcertados—. ¿Qué... qué más da eso ahora? —balbució aterrado—. ¿Qué importancia tiene quién esté al frente de esas tropas enemigas?

Los troncos del parapeto soportaron el golpe demoledor de mis dos puños. Después, el aire helado de la mañana se llevó volando mis exabruptos mientras los dioses de la Celtiberia se tapaban los oídos para no escuchar la violencia extrema de mis palabras. A *mí* me importaba. A *mí* me afectaba. En realidad, la ausencia del aclamado procónsul romano al frente de aquel ejército drenaba mi cuerpo de fuerza. Diluía súbitamente mis odios. Dejaba incluso mi alma vacía de razones para seguir viviendo, para continuar peleando. Si Pompeyo no estaba allí abajo, en algún sitio, esperando mi estocada mortal, mi presencia en Calagurris tenía muy poco sentido.

Ni siquiera el propio Sertorio era conocedor de mis auténticas razones para aceptar una misión casi suicida. Ni siquiera a él le confíe mis motivos para viajar a Calagurris voluntariamente; para alargar la vida de una ciudad seguramente condenada a la rendición o a la derrota. Si todas las zozobras las había guardado dentro de mi pecho, ¿cómo iba a explicarle a Sorban, a un desconocido, toda mi rabia contenida, todo mi desconsuelo? ¿Para qué decirle que mi corazón llevaba dos años frío, si no muerto? Ni él ni nadie en su sano juicio habría entendido que solo las ansias de venganza me habían impulsado a encerrarme en una ratonera de dudosa salida. ¿Para qué hablarle a aquel joven extraño de Asiris, mi difunta esposa, la mujer que me dio su amor y me habría dado también un hijo si no hubiese muerto en la defensa de Muturudum a manos de Pompeyo?

—¿Te ocurre algo, legado? —Sorban me aferró de un brazo al verme trastabillar junto a la muralla.

—No —le dije, agitando la cabeza para ahuyentar mis demonios; para intentar comportarme con la dignidad esperada en un legado de Sertorio—. ¿Quién manda entonces ese ejército?

—Afranio. ¿Lo conoces?

—Lo conozco.

El hijo de Ultinos me condujo hasta su padre en silencio, mirándome de reojo de cuando en vez, como si un fantasma y no un soldado estuviera acompañándolo a través de aquel laberinto de calles desiertas.

—¿Dónde está la gente? —le pregunté al no ver siquiera niños correteando en el corazón de Calagurris.

—Todos están en la plaza, asistiendo a la reunión del Consejo —me explicó sin inmutarse.

—¿Todos?

—Bueno, casi todos. —Sorban se encogió de hombros—. Así se hace desde que empezó el asedio. Todo el mundo quiere enterarse de las decisiones que se toman. O influir en ellas —matizó un segundo después.

—¿Cuántos clanes hay en Calagurris? —quise saber cuando desembocamos por fin en la plaza.

—Diez.

—Ahí arriba hay más de diez hombres —le dije mientras examinaba el nutrido grupo de personalidades congregadas sobre el estrado.

—Hay otros colectivos que también están representados en el Consejo. Cosas de mi padre... —respondió Sorban con desgana.

Catorce asientos en semicírculo destacaban sobre el entarimado que mantenía a todos los prohombres de Calagurris dos codos por encima del suelo. Uno de aquellos escaños, sin embargo, permanecía libre. Porque Pirreso, el jefe de los guerreros del *oppidum*, se encontraba en pie, enfrentado a trece figuras graves. Trece seres que escuchaban las palabras encendidas del joven con ademán abstraído.

Alcanzamos el último peldaño de la escalinata tras abrirnos camino entre una muchedumbre expectante, en medio de una nube de murmullos y de dedos que apuntaban hacia un triste optio con supuestos galones de legado. Al parecer, la noticia de nuestra llegada ya había llegado hasta los oídos de algunos. Sorban me frenó en seco cuando pretendí auparme a la plataforma sin previo aviso.

—Tendremos que subir... —le dije.

—Solo cuando nos lo indiquen. Pirreso está hablando... ¡Padre!  
—susurró al fin el heredero del caudillo calagurritano haciendo bocina con las manos al comprobar que el discurso del jefe celtíbero se alargaba en exceso—. ¡Padre!

A la tercera intentona, no solo el mandatario sentado en el centro del grupo giró su cabeza hacia nosotros. También lo hicieron el resto de integrantes de las gentilidades de la urbe, incluso el propio Pirreso, cuya disertación frente al Consejo quedó interrumpida irremediablemente.